



*Escritos inéditos
del almirante
don Julio Guillén*

LOS ARCHIVOS DE MARINA



OS papeles de Marina no están acumulados y custodiados en un solo lugar; la organización de este instituto pasó por tan grandes variantes y dependencias que es imposible desligarla en ciertas épocas de otros organismos afines. Además, hasta el siglo XVIII la Armada no constituyó una entidad perfectamente definida y autónoma.

Es preciso considerar que antes disponíamos de varias escuadras sin conexión entre sí, con reclutamiento, organización y aun modalidades privativas, tales como las escuadras de galeras que reconocían por principal de todas a la de España, pero que las hubo de Génova, de Sicilia y de Nápoles; la Armada del Mar Océano; las flotas de Nueva España, de Tierra Firme, de la Mar del Sur...; escuadras de Portugal, de la Guarda de la Carrera de Indias, de Galicia, de Cantabria, de Dunkerque.

Sus papeles y particularidades preciso son investigarlos en los archivos generales de la nación: el de Indias, de Sevilla, para todo lo que dependiese del Consejo de Indias; en Simancas se hallará cuanto pertenecía a las llamadas juntas de guerra y de galeras...

Creado el Ministerio de Marina como una de las secretarías del despacho, tuvo desde el primer momento archivo propio, cuyos papeles en 1734 ardieron en el incendio que destruyó el Real Alcázar, en donde radicaban las covachuelas militares.

A fines del siglo pasado, se remitieron en depósito al de Simancas casi todos los fondos documentales del siglo XVIII porque materialmente no cabían en el antiguo palacio de Godoy, de la calle Bailén.



Don Álvaro de Bazán (Palacio del Viso).

Los departamentos marítimos iniciaron los suyos, respectivamente, con los de los astilleros y organizaciones que les precedieron, y así el de Cádiz dispone de buena documentación de los siglos XVI y XVII y el de Cartagena contó —hasta una quema ignominiosa— con muchos papeles de galeras y alguno incluso medieval.

Los de Filipinas y Cuba fueron salvados en la capitulación y pasaron a estos dos archivos mencionados, respectivamente.

Por Decreto de 26 de noviembre de 1948 se ha creado el Archivo General de Marina, dependiente del patronato del Museo Naval; en él figuran absolutamente todos los legajos y expedientes que carezcan de actualidad pertenecientes a cualesquiera centros y dependencias de la Marina, que desde ahora estarán reunidos.

La medida en verdad es trascendental: saldrán de fijo a relucir asuntos interesantes al removerlos y catalogarlos y debe de pensarse que su interés abarca a muchas disciplinas porque, independiente de que el Ministerio de Marina lo fue también de Comercio y de Indias, durante largos años, en el peor de los casos hay que considerar que la nave es vehículo y por ella fueron o vinieron todos los elementos que pertenecen al acervo cultural de un pueblo.

Radica el tal archivo en el llamado Palacio del Viso, tildado de *El Escorial Manchego*, en esta villa de la provincia de Ciudad Real, erigido por aquel D. Álvaro de Bazán, a quien Cervantes llamó *rayo de la guerra, padre de soldados, venturoso y jamás vencido capitán*, y cedido por los actuales marqueses de Santa Cruz, cuyo primogénico ostenta siempre el de El Viso.

El último marqués del Viso murió en el crucero *Cervera*, de marinero voluntario, en la pasada guerra nuestra; y el antepenúltimo fue aquel don Mariano de Silva Bazán, alférez de navío, comandante de la batería de la fragata *Numancia* en El Callao.

Don Álvaro de Bazán y Guzmán, señor del Viso, comendador de León en la orden de Santiago, era lo que se dice todo un señor; cuando se suprimieron festividades que salvar con la artillería, por excusar gastos, en su escuadra se seguían practicando las salvas con pólvora, que pagaba de su peculio; y cuando ordenó Felipe II que no se dorasen las empingorotadas tallas de las popas,

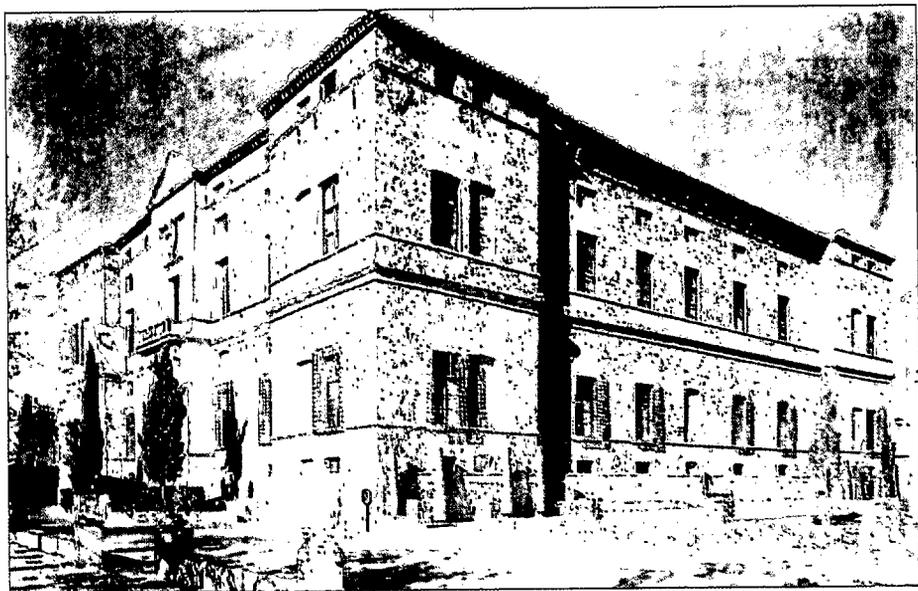
la capitana de don Álvaro las siguió ostentando, y aún más bellas, por él sufragadas «pues así conviene —según escribió a la corte— al mayor decoro del Rey y mio».

No era hombre, pues, que se contentase con algún caserón de grandes dimensiones para que le hicieran corte en él sus hidalgos y vasallos de El Viso, sino que levantó un palacio tan auténtico que tal vez no tenga parigual entre los de su época.

Y para ello no lo encomendó a un fraile aficionado o a quien tuviese arrumacos de arquitecto, sino que trajo de Italia a uno cumplido y bien famoso, a Juan Bautista Castello, dicho el *Bergamasco*, así como para secundarle al escultor también arquitecto Juan Bautista Olamosquin, con otros varios canteros y alarifes, también italianos.

Con el Bergamasco vinieron, asimismo, sus hijos Nicolás y Fabricio, con fama de pintores al fresco, como los que pintaron en El Escorial, en cuya escalera trabajó también el padre. Y como el aderezo de pinturas prometía ser vastísimo, aún se contrató a los hermanos Juan y Francisco Perola, de Almagro, y a César Arbasia, italiano que en Málaga y en Córdoba dejó también muestra de su talento.

El 15 de noviembre de 1564 se colocó la primera piedra del edificio, y al poco su enorme mole dominaba la campiña, pudiéndose admirar las gentes al afirmar que el Marqués «hizo un palacio en del Viso porque pudo y porque quiso».



El palacio del Viso.



Palacio del Viso, sala de Portugal.

Soberbia construcción que no escapó a nuestros cronistas viajeros de fines del XVIII, Ponz y Cea Bermúdez, y hasta al que fue auditor de don Álvaro, Mosquera de Figueroa, que expresó: «Muchas de las históricas y famosas empresas de esta casa ilustrísima se hallan al vivo retratadas con maravillosa pintura en el suntuoso palacio del Viso donde el Marqués tiene un asiento, que así en fábrica como en arquitectura, muestra este edificio un peregrino ingenio de su artífice, que en lo que es obra rústica, ó desbozada, ó muestra de galano orden, resplandece entre todos los edificios de su tiempo, que solamente en mirarlo queda en nuestro ánimo la euritmia o satisfacción que resulta de la graciosa vista y simetría y proporción que tanto encarece Vitrubio».

Porque todas las logias o galerías de su claustro doble están pintadas con «grutescos»; las sobre puertas contienen, imitando relieves dorados, alegorías de los países que visitó o, en medallones, vistas, al estilo de las del *Civitatis Orbis Terrarum*, de Brown, de las ciudades y puertos que conoció: Marsella, Barcelona, Roma, Mesina, Constantinopla, El Cairo...

En los entrepaños aparecen varias perspectivas a gran tamaño de las victorianas —tantas como combates— de don Álvaro: cabo Aguer (1556), Navarino (1572), Ceuta y Tánger (1578), Túnez (1573)...

La escalera es maravillosa y con todas las bóvedas cuajadas de grutescos o de historias mitológicas; en sus rellanos figuran enormes estatuas de Bazán vestido de Marte y de su padre, don Álvaro *el Viejo*, de Neptuno.

El comedor es soberbio, con monumentales chimeneas que no faltan en ninguna habitación. La capilla, sencillamente maravillosa, con oros que parecen recién puestos.

Y hay salas o saletas, como la del linaje, cuyo centro del techo muestra a un don Alonso Fernández de Baztan salvando de caer prisionero al rey de Navarra, Sancho Abarca, mientras en la simulada galería de alrededor semejan asomarse todos los ascendientes desde que los «Bazanes» blasonan por armas escudo ajedrezado de plata y sable.

En la de la familia del primer marqués, aparece éste con sus dos esposas y todos sus hijos, desde su primogénito, segundo en el título, el libertador de Génova (1624), fundador del convento de monjas franciscanas ya demolido y desde cuya capilla vinieron al palacio los soberbios enterramientos con estatuas orantes de él y de su mujer, una Figueroa.

Todas las salas están por completo decoradas, techos y paredes, siendo de señalar la de las cuatro estaciones y, principalmente, la de la conquista de Portugal.

En su parte central, a lo alto, se reproduce una enorme vista de la entrada del Tajo por Lisboa, con toda la Armada de Bazán desplegada; por el friso, varios medallones muestran en varias vistas las sucesivas fases de esta compañía marítima (1580), de don Álvaro; y alternando con ellos, por encima de la cornisa, están figuradas todas ellas de oro y de tamaño natural o más, representando a Felipe II, duque de Alba, marqués de Santa Cruz, don Juan Cardona, don Alonso de Leiva, don Alonso de Bazán, el prior don Fernando de Toledo, el prior de Hungría, don Bernardino de Mendoza, Carlos de Spínola, Próspero Colonna y don Pedro de Médicis, tanto más interesante cuanto de la mayor parte de estos generales se desconocía su iconografía.

Existían también en el palacio, hasta 1883 que fueron llevados a Madrid, retratos de los principales jefes de la Santa Liga que venció en Lepanto (1571) y, como más sugestivos, los cinco fanales enemigos, de que hablamos en el capítulo correspondiente, que Bazán conquistó a enemigos suyos; soberbias piezas que aún disponen de su hornacina y leyenda correspondiente.

Imposible es describir la sensación que se recibe al entrar en el zaguán y admirar por el gran portalón la magnificencia del claustro de dimensiones de insuperable armonía y de una policromía sin parigal.

Recopilado y adaptado por
Jorge J. GUILLEN SALVETTI

